

## Cuentos del paraíso de las islas 12-16

### Arcadio y los pastores (Novela africana y pastoril)

[emilio.sola@cedcs.eu](mailto:emilio.sola@cedcs.eu)

Colección: E-libro: El paraíso de las islas  
Fecha de Publicación: 23/11/2023  
Número de páginas: 14  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

**Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.**  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



#### **Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.**

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

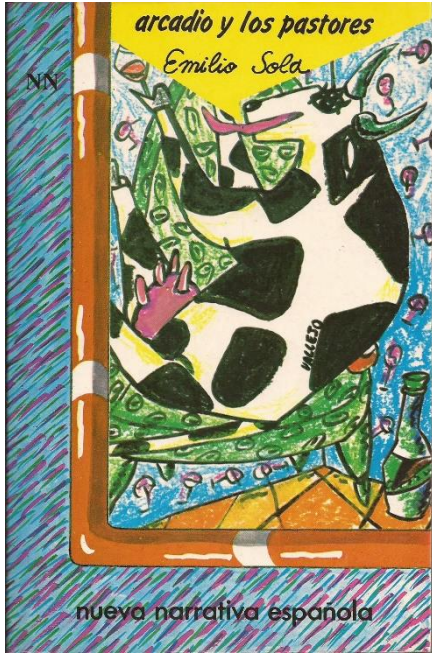
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.eu](http://www.cedcs.eu)  
[info@cedcs.org](mailto:info@cedcs.org)

# Cuentos del paraíso de las islas

## 12

### 16 Arcadio y los pastores



“Arcadio y los pastores (Novela africana y pastoril)” fue publicado en 1986 por Ediciones Libertarias, una editorial fundada por Antonio Huerga y Charo Fierro, que luego vendieron su fondo a Produfi, con lo que pasó a denominarse Libertarias-Produfi. Su tiempo literario es en torno al año 68 después de la Gran Guerra (GG) y muerte de Juan Bravo (JB), unos 16 años después de la muerte de don Borondón el Antiguo, en la cronología utilizada en el llamado “Paraíso de las islas”, en el que viven los redactores o amanuenses, y nosotros mismos también sin duda. El texto procede, como siempre estos relatos, de la Biblioteca de don Borondón o del Naranjal, y uno de sus personajes es precisamente Fito Naser, quien está ahora al frente de esa casa y biblioteca habitada que fue la casa de don Borondón o del Naranjal, junto con el protagonista principal del relato, incluido en su título, Arcadio, Arcadio el hijo de Ulrica.

\*\*\*

En el Archivo de la frontera hay una primera edición digital de 2015, que puede consultarse aquí:

<http://www.archivodelafrontera.com/e-libros/arcadio-y-los-pastores-novela-africana-y-pastoril/>

\*\*\*

La presente edición se hará en 21 fragmentos, tal vez 22 en total, para hacerlos breves en esta segunda edición digital, ocho años después de la primera, para que resulten más legibles:

12-00, 12-01, 12-02, 12-03, 12-04, 12-05, 12-06, 12-07, Segunda parte: 12-08, 12-09, 12-10, 12-11, 12-12, 12-13, 12-14, Tercera parte: 12-15, 12-16, 12-17, 12-18, 12-19, 12-20, 12-21

\*\*\*

He aquí el índice del relato, según la edición en papel de 1986:

## INDICE

### PRIMERA PARTE

1. Simón el Mago y la Casa despertador de pájaros. . . . . 9
2. Conversaciones de Simón el Mago y Sidi Abdelhakim Bushacor sobre el padre del cuchillo . . . . . 13
3. Las leyendas de Hamam Masjutín, el baño de los maldecidos, y la fiesta de la flor y de la pintura de Suk Ahrás. . . . . 22
4. El grupo del valle del Mago . . . . . 32
5. La compañía de Leila Naser en Guelma y los amores de Leila V y Estambuli Entrambosaires . . . . . 40
6. Leila Naser madre, IV para entendernos, Leila hija y Estambuli charlan sobre el pasado. . . . . 50
7. Filis, Yeni y el grupo del valle del Mago . . . . . 61

### SEGUNDA PARTE

#### **Introducción del amanuense con homenaje a un viejo amanuense, ex-agobiado, desaparecido**

1. La vida en el valle del Mago, con el cambio de amanuense en el relato y la historia de Claudia Auani y Flora Abenza . . . 75
2. Don Fion y Claudia Auani en el calvero del perro y de la cabritilla . . . . . 87
3. La compañía de Leila Naser en el valle del Mago . . . . . 97
4. Los rebaños de la trashumancia en el valle del Mago, con la historia de Catalina Ivanova, la niña meada por los perros . . . 106
5. La breve experiencia de trashumancia de Leila Naser V, con una interpolación amplia del amanuense segundo de este relato . . . . . 114
6. Los amores de Alí Hamuín y Claudia Auani, con la preñez de ésta y su abandono del valle del Mago . . . . . 124
7. El dramático llamamiento del demógrafo Paulov . . . . . 134



**TERCERA PARTE**

**Introducción del segundo amanuense, con nuevo homenaje al amanuense ex-agobiado**

1. Historia de Yosín y respuesta de la gente al llamado de Cristino Paulov. . . . .	145
2. Los niños de mayo. La Coronela en el valle del Mago y primera infancia de Arcadia Copruku . . . . .	150
3. Disgresiones del amanuense sobre la dinastía de las Leilas Naser . . . . .	166
4. Sobre Olga Marruz y sobre el tercer año de la experiencia simoniana, con los preparativos primeros para la Universidad ganadera de Hamam Masjutín. . . . .	177
5. Muerte de Sidi Abdelhakim Bushacor y abandono de Arcadio del valle del Mago. Algunas consideraciones sobre la toma de Casentina. . . . .	187
6. El viaje de Arcadio por el paraíso de las islas, mensajero o embajador de la "Arcadia feliz", y susto a su regreso a Guelma . . . . .	199
7. Arcadio en la toma de Casentina, con la fiesta de la matanza del cerdo y del cordero, accidente de Arcadio y preparativo final del viaje con Fito Naser fuera de la Arcadia. . . .	210
<b>Dedicatoria y Final . . . . .</b>	<b>223</b>

2.—El nacimiento de los niños de la primavera del sesenta y ocho, aunque repercutiera, no había llegado a bloquear en absoluto los trabajos del valle del Mago; la incorporación de Yosín, por una parte, y la euforia especial de aquellos meses que hacía febril la actividad algunos días —días había en que Ali era un huracán arrollador o que Imanol olvidaba hasta su aseo del atardecer—, eran contrapunto a la pasajera indisposición de las mujeres. Al final del invierno, en torno a Guelma y a Hamam Masjutín, se habían ido concentrando gentes y ganados para iniciar la nueva trashumancia, segunda en aquellas regiones, y en el valle del Mago se habían hecho preparativos para la recepción de los diferentes rebaños, aquel año casi el doble de rabadanes y muchas menos zagalas que zagales —comenzaban a sentirse las repercusiones de la gravidez casi generalizada de las mujeres del paraíso de las islas—, Yosín el encargado de, junto con Arcadio y Estambuli, la fiesta de la trashumancia en el valle.

La única preñada de más de seis meses que consintió —y a la que consintieron— viajar con los pastores fue Nica Coprulu, que había de ser “madre de mayo”, y ésto como caso excepcional. Nica, preñada por Arcadio, había pasado el invierno en la casa del naranjal, en donde había nacido y crecido en la casa de los niños cuando Fito Naser era jefe o responsable en ella; como Fito, había recibido una educación muy familiarizada con los ordenadores, aunque había primado en ella el gusto por lo aprendido en las “agrícolas” sobre el gusto de lo aprendido en las “cibernéticas”, como eran conocidas las diferentes secciones especializadas de la biblioteca de don Borondón el Babilónico. Fito conocía bien a Nica, sabía de su carácter tozudo y de su naturaleza fuerte, resistente a todos los rigores, y cuando la chica le contó en Guelma que había pasado todo el invierno ansiosa por reunirse con Arcadio y que quería bajar con los pastores a pesar de lo avanzado de su embarazo, supo que así había de ser a pesar de las objeciones que pudiera oponer la computadora.



—De las cuatro chicas que estaréis en el valle del Mago, tres seréis parturientas, y las tres presumiblemente seréis madres de mayo. Suerte— había concluido Fito Naser al despedirse de Ñica.

Así había de ser. Salvo Catalina Ivanova, que había abortado el otoño anterior, y Yeni, que había viajado a Annaba para tener a su hijo allí pues al parecer podía presentar problemas el alumbramiento al venir el bebé de pie, Filis y Flora, como Ñica, tuvieron sus hijos en mayo y su parto transcurrió sin novedad en la casa despertador de pájaros. Catalina Ivanova atendió en su parto a Filis, un varón mulato claro, vivo retrato de Ali Hamuín, al que llamó Fuente o Aín Shehade; el propio Simón el Mago asistió en su parto a Flora, otro varón el que llamó Floro, Floro Abenza, y el mismo Simón, con la ayuda de Arcadio que no quiso separarse de su Ñica, asistió a ésta en el nacimiento de la menudita y llorona Arcadia Coprulu bajo la gran acacia abuelo del bosquecillo de la casa despertador de pájaros, una hermosa mañana, a mediodía, la última del mes de mayo. La alegría de Arcadio fue, con mucho, la más comunicativa y desbordada; su carrera por el valle del Mago con la niña Arcadia en brazos para mostrarle todo aquello que amaba y que los ojillos semicerrados de la niña bebé no podían aún ver, para todos memorable.

En el norte, en Annaba, Yeni dio a luz a su hijo único, Jenízaro, y Claudia Auani a otro varón, Auán Auani. Leila Naser V, en Palermo, a Leila Naser VI. Y así; fue todo tan en demasía, que muchos juzgaron, y parece que hasta el propio Cristino Paulov, que la gente se había pasado en su respuesta a la voz de alarma del demógrafo. “Está claro que la gente no desea ver tambalearse el paraíso de las islas, y más por una cuestión tan nimia como los dolores del parto”, dicen que comentó Paulov. Pero aquella frase no le gutó a muchas mujeres. “Además de que no es cierta, decían, porque hicimos gimnasia para un parto sin dolor, la falta de niños nunca hubiera sido una amenaza para el paraíso de las islas; la única amenaza hubiera sido no haber sabido detectar el peligro”.



Flora Abenza, con su hijo Floro, tras la lactancia, quiso reunirse con Claudia Auani. Una tarde lo habló con don Fion y Simón el Mago.

—Claudia y yo, como sabéis, estamos juntas desde la infancia y ésta ha sido nuestra primera separación larga —les explicó Flora—. Lo de la maternidad fue un verdadero imprevisto, un paréntesis en nuestras vidas, pero siento ahora de nuevo con fuerza que debo de volver a reunirme con Claudia; lazos más fuertes y hondos me unen a ella que a vosotros, que a este valle en el que pasamos dos años, para mí de entera felicidad —y Simón el Mago y Negro Fion dejaban, en silencio, explayarse a la muchacha en su discurso—. Quiero que mi hijo Floro y el hijo de Claudia, Auán, crezcan juntos como crecimos nosotras, en la misma casa de los niños que un día puedan recordar como su casa. Espero que lo comprendáis —lo comprendían—. Pienso, además, que la doctrina del padre del cuchillo sigue siendo válida y que debo procurar para mi hijo Floro una infancia libre de la paternidad, de tu presencia, amigo Fion, que tanto y tan bien me amaste. Sabes que te ha nacido un hijo; busquémosle en su día un buen padrino; vela por él desde la distancia. Creo que es lo más hermoso y razonable.

Flora Abenza estaba emocionada y sus palabras emocionaron también a Don Fion y al Mago. Fion abrazó a la muchacha y los dos, enlazados, se esforzaron porque su emotividad no llegara a las lágrimas. El niño Floro, en una cotonada de colores vivos, dormía allí a su lado, a la sombra del pino más frondoso del bosquecillo de la casa despertador de pájaros. Simón el Mago se apartó un poco de ellos y Don Fion le observó pensativo contemplar el valle, al ganado ya casi sedentarizado pastar en paz, a la novilla Neyma muy crecida... Aquella tarde, recordaba don Fion años después, Simón el Mago le comentó que se sentía viejo, que permanecería un año más en el valle, que pondría en marcha la universidad ganadera en Hamám Masjutín y que, tras algún curso más que no podía calcular si muchos o si pocos, deseaba seguir hacia oriente, alcanzar El Qods, morir a su hora y en su lugar.



—Negro Fion, acabo de darme cuenta de que se ha iniciado para mí el tiempo de regreso —le dijo aquel día antes de irse a dormir—. Llevo años barruntando el hacia dónde aunque siga temiendo llegar.

Y Flora Abenza, con su niño Floro, partió para Annaba a finales del verano para reunirse con Claudia y su hijo Auán; aquel mismo otoño estaban ya instalados en Murcia, en el valle de Ricote, adonde habían decidido ir para instalarse y que sus hijos recordaran como propios una casa y un paisaje de origen. Nica Coprulu se quedaría en el valle del Mago, y a su hija Arcadia, cuando aprendió a caminar, la instalarían en Hamam Masjutín, en la misma casa de los niños en la que había crecido Arcadio el hijo de Ulrica, a la sombra de sidi Abdelhakim Bushacor. La vida seguía con igual pujanza, los grupos se expandían y rotaban como siempre había sucedido, pronto la novilla Neyma sería una hermosa vaca.

Cuando este amanuense decidió ser eso, amanuense en el paraíso de las islas, era un verdadero ignorante; no sabía nada de árboles ni de plantas, ni de computadoras ni de vacas, ni de geografía ni de planetas, ni de barcos... Y, sin embargo, presumía de buena letra y deseaba escribir versos. Y no era un caso aislado; más aún, la generalidad de amanuenses adolecía de ese mismo defecto: la ignorancia de gran cantidad de temas claves para la comprensión de la realidad de los paraísos creados por los grupos en las islas y en la costa. Si un buen conocedor de la cibernética, como Fito Naser, por ejemplo, o un biólogo experimentado como pudiera ser la propia Claudia Auani o su compañera Flora Abenza, hubieran ensayado escribir este relato con las experiencias en el Valle del Mago y la trashumancia en las altas mesetas más al sur, el resultado, por su enfoque y desarrollo, hubiera sido sin duda otro; pero no deseaban hacerlo, no querían o no sabían o no tenían paciencia para ello, y a lo más a lo que llegaban era a dedicar un tiempo para responder a preguntas sobre sus recuerdos a alguien —como este amanuense mismo— que manifestara deseo o



necesitara conocer sus experiencias personales u opiniones técnicas. Más de una vez llegué a pensar, incluso, en especializarme en alguna disciplina básica para el enfoque de la vida de los grupos; en ponerme a estudiar informática, por ejemplo, para entrar en el corazón de los diversísimos programas y su coordinación y resultados; ciencias de la educación para narrar la verdadera epopeya que fue el lanzamiento del programa básico unificado en diferentes lenguas primero y la progresiva evolución hacia la lengua franca, como se diera en denominar aquella jerga simpática y vital, que aún hoy se utiliza a niveles cotidianos de comunicación pero que se ha descartado por el momento como lengua científica y literaria —aunque sólo por el momento, claro, la cuestión sigue abierta—; pensé incluso estudiar arquitectura y obras públicas para poder llevar a cabo una descripción pormenorizada de los diferentes complejos que articulaban la vida de los diferentes paraísos, realmente una nueva arquitectura para un nuevo concepto de la vida y de la relación; o botánica a fondo para, a la manera de los turistas de bosques y jardines, poder mostrar a los grupos inmersos en su hermano —dicen que tenemos el hombre y el árbol idénticas fórmulas de programación genética— mundo vegetal... Y tantas cosas más. Muchos de mis compañeros amanuenses me animaron a ello, incluso, y me dijeron que también a ellos les había tentado similar ocurrencia. Pero, como ellos, desistí; tal vez una especialización así, aunque redundara en mayores fidelidades parciales, podía perjudicar al tono general, al acierto del conjunto, a la plasmación de lo que en estas historias nuestras, de los amanuenses, interesa: la aparición en el paraíso de las islas de una nueva “relación” entre las gentes, de una nueva dinámica de grupos, y su consecuencia inmediata que es la aparición de un nuevo individuo. El resto, bien pudiera ser materia de publicaciones especializadas, como lo es de hecho. En fin.



La incorporación de Yosín y de Ñica, aunque esta segunda de forma no muy permanente pues iba y venía de continuo entre el valle y la costa, mensajera y coordinadora de abastecimientos, pero sobre todo la mayor apertura a visitas del exterior —era hasta frecuente la llegada de varios helicópteros en una semana y las manadas ya muy sedentarizadas llegaron a acostumbrarse a aquellos ruidosos y brillantes visitantes— y el inicio de las obras de infraestructura según los proyectos casi ultimados de Yeni y Filis, en el verano que inauguraba el año tercero de la experiencia, convirtieron al valle del Mago en lugar de gran animación, casi lugar de encuentros tan importante como Guelma o Hamam Masjutín.

La llegada de “la Coronela” supuso el lanzamiento definitivo de las obras de gran alcance que harían del valle del Mago un nuevo paraíso. Era la Coronela, para todos y particularmente para Yosín, el amor del turco Terki, uno de los ya legendarios pioneros, soldado en la gran guerra y desertor por amor a la Coronela, compañero de Gina Manfredi, Pino Corso y Rocco y, por tanto, de aquella primera generación creadora del paraíso de las islas. Era la Coronela un camioncito-máquina multiuso que en sus tiempos, setenta años atrás, había sido un prodigio de la técnica al reunir en un solo vehículo ligero y airoso varias funciones —grúa, excavadora, mediciones topográficas, sonda...—, modelo o “madre”, como gustaba decir su enamorado el turco Terki, de toda una familia de máquinas similares cada vez más perfeccionadas y que habían sido protagonistas de un sin número de obras en todas las islas y la costa e incluso habían sido exportadas a otros continentes; el amor del turco Terqui había hecho posible aquella multiplicación de la Coronela, su mimo había conseguido que ella le sobreviviese y, más aún, que sobreviviese —casi imagen para una nueva idolatría— por todas las tierras en donde un grupo ensayara la creación de un nuevo paraíso.

Conocía Yosín muy bien al turco Terki y a su la Coronela; su primer viaje fuera de la casa de los faisanes, en la costa del sol, tras aprender a hablar y relacionarse con los



otros, había sido precisamente con Terki y la Coronela tras haber sido terminados una serie de desmontes para aterramientos de cultivos en la sierra paralela al mar vecina a su casa de los faisanes. Terki era ya un hombre bastante viejo por entonces y los cuatro últimos años de su vida Yosín le acompañó por diversas islas y lugares de la costa; cuando murió el turco Terki —el año de la muerte de don Borondón el Babilónico, pero en lugar muy alejado, en la isla de Chipre— Yosín acababa de dejar de ser un niño y el moribundo le comunicó a él su deseo de que no quería que la Coronela desapareciera con él —a alguien se le había ocurrido enterrarlos juntos y Terki se había enterado y le había horrorizado la idea—, que deseaba que siguiera recorriendo el paraíso de las islas, siempre presente, como hasta entonces había sucedido, en cualquier lugar en donde pudiera iniciarse alguna faena de interés en la que el camioncito pudiera colaborar. Yosín dedicó los diez años siguientes de su vida a hacer cumplir los deseos del desaparecido Terki y viajó con la Coronela a todo lugar que reclamara su presencia hasta que otros, con igual amor al camioncito y a la memoria del turco Terki, le relevaron. A la Coronela, poco a poco, la fueron también relevando de los trabajos duros a los que estaba acostumbrada y cada vez más su viaje era un paseo por los lugares en donde la reclamaban, se había convertido en una verdadera mensajera. Cuando llegó al valle del Mago la conducía una hermosa chiquilla de ojos zarcos y pelo casi albino en crenchas o en dos trenzas recogido, llamada Tania. Yosín intimó con ella y pasaron muchas veladas recordando los viajes de la Coronela, su historia ya rica y apasionante, su envidiable longevidad....

El trazado de las cañadas reales, tres de ellas confluyentes en la casa despertador de pájaros, con sus conducciones paralelas para abastecimientos energéticos, y las prospecciones en los puntos claves de aquel largo trayecto de momento para ganados, se mantuvieron todo aquel año lejos del valle del Mago. Numerosos grupos, a los que Tania y la Coronela visitaban periódicamente, mensajeros de fiestas y



“movidas de distensión”, como se decía, poblaron toda aquella región, entre Hamam Masjutín, Guelma y las altas mesetas del sur; el valle del Mago se convirtió en centro de atracción, como los centros del norte y de la costa, para esos numerosos grupos; numerosas construcciones similares a la casa despertador de pájaros se fueron construyendo en los puntos juzgados claves de aquel trayecto y bosquecillos aquí y allá, principalmente de acacias, pero también de otras especies, fueron humanizando y hermoheando aquel paisaje de tan antiguas resonancias.

Ñica y Arcadio mantuvieron su idilio mientras la niña Arcadia permaneció en el valle del Mago; las primeras semanas, mientras duró la lactancia a los pechos de Ñica, fueron tal vez los más felices de los dos aunque a Arcadio le enervaba el no poder participar como Ñica en la alimentación de la chiquilla y buscaba otras fórmulas que le demostraran y demostrara a todos que dependía de él tanto como de su mamá Ñica; así, salvo en el momento de la teta, Arcadio hacía de guardián y niñoero; con su hija Arcadia auestas se le veía hacer todas las faenas que le correspondían a diario y luego, en el momento oportuno, a galope de caballo llevaba al bebé a los brazos de Ñica para que le diera el pecho. En el fondo, hubiera él deseado ser más autónomo aún, poder criar incluso a su niña con su propio cuerpo, como hacía la mamá, y no llegaba a comprender el por qué de aquella peculiaridad de la naturaleza, de aquella inferioridad del varón frente a la hembra. Cuando al fin juzgaron que la niña Arcadia debía ser destetada, Arcadio se sintió feliz; mantenía a la niña consigo prácticamente todo el día, por la mañana le preparaba con primor la ración del día y luego se perdía con su bebé Arcadia por el valle; gustaba también de preparar su propia comida a la vez que la de su hija para tener más libertad de movimientos y no tener que regresar a la casa despertador de pájaros ni siquiera para el almuerzo. Fabricó para Arcadia un columpio de tensores para colgar de no importara qué árbol; un carrito plegable con cuatro ruedas y una silla también plegable con patas altas y graduables para instalar en todo tipo de



terrenos; una silla de caballo acoplable a la suya propia y una especie de carrito-trineo para ser tirado por un animal pequeño, como una cabra, una oveja o un perro... El le cambiaba los pañales, hasta que descubrió que a la niña lo que más le gustaba era andar desnuda, la bañaba en la fuente de la estrella y en las otras albercas que habían ido construyendo en puntos claves del valle y prácticamente sabía nadar Arcadia antes incluso de saber caminar; Arcadio se sentía completamente feliz.

Pero eso mismo que hacía feliz a Arcadio comenzó a crearle conflictos con Ñica.

—Que su madre soy yo y no tú, tito —le decía Ñica con frecuencia—. Y los bebés tienen que estar con su madre.

—Tonterías —respondía Arcadio—. También puede ser de otra manera.

Y Ñica se resignaba. Luego, cuando después de la lactancia materna Ñica comenzó a viajar al norte como mensajera y para abastecimientos, Arcadio no permitió que se llevara a la niña en esos viajes, como era lo acostumbrado, y nadie pudo convencerle. Al principio Ñica accedía complacida con Arcadio, pero un día se hartó.

—Eres un anormal —le llegó a decir enfadada en una ocasión—. No conozco a nadie que haga lo que tú haces con la niña. El padre del cuchillo te habría retirado el saludo como hizo con Antonio el Marinero...

Pero Arcadio no la había dejado terminar.

—Me importa un cón el padre del cuchillo y sus historias. ¡Antiguos, que sois unos antiguos!

Y se había llevado a la niña Arcadia a galope de su yegua Blanca.

Ñica comenzó a incomodarse cuando, tras su primer tratamiento contraceptivo, descubrió que Arcadio ya no le hacía ningún caso, que todo su tiempo y su amor se lo dedicaba a la niña Arcadia y que, incluso, prefería la compañía de Tania y la Coronela a la suya, la de Ñica, que aún le amaba. Se lo recriminó un día.

—Tengo que familiarizar a Arcadia con las máquinas,

Ñica —le había respondido el chico—. Si voy muchas veces con Tania es por la educación de la niña.

Pero a Ñica no le había convencido la disculpa de Arcadio y estaba cada día más disgustada con lo que estaba sucediendo con los caprichos de Arcadio. Yosín, que se había hecho buen amigo de Ñica y la había comenzado a acompañar por las noches, intentaba distraerla de su mal trago o descoloque.

—Quiere ser su padre-padrino, y eso no está bien —se quejaba Ñica.

—Todo se arreglará; cuando la niña empiece a caminar y necesite estar con otros niños, verás como se arregla todo —le decía Yosín intentando mostrarse convincente.

Y así había de ser. Los primeros días de la primavera siguiente Arcadia se soltó a caminar; era una niña menuda y delicada pero fuerte, nadaba con soltura y le decía lo a su padre y a su madre lo; de risa fácil, muy observadora, se divertía con los animales y adoraba su contacto; cariñosa con los mayores, sobre todo con Tania y Yosín, conocía y gozaba con botones de mando claves de la Coronela. Cuando cumplió el año la llevaron a Guelma. El reconocimiento médico dio muy positivo y Arcadio observó que la niña disfrutaba en los juegos con los otros niños, desfilaba con ellos, se acoplaba bien en los coros, más aún, prefería su compañía a la de los mayores. Y comprendió que algo debía de cambiar. Y sin despedirse de la niña Arcadia volvió al valle del Mago solo.

~~3.— Extremoso fue el regreso de Arcadio al valle del Mago sin su niña Arcadia; tal vez demasiado para su corta edad que tomaba por desventura lo que no era ni siquiera contratiempo, casi pura anécdota. Se pasó varios días taciturno, enfrascado en sus tareas cotidianas, más a gusto con el cálido contacto con los caballos —recuperó en esos días su comunicación con la ya casi yegua Blanca, un tanto abandonada a causa de Arcadia— que con al hasta entonces muy gratificante de los compañeros. Yosín y Estambuli se~~